

ARTICULOS

ORTEGA Y GASSET Y LOS BIBLIOTECARIOS

JUSTO GARCÍA MORALES

DIRECTOR DEL CENTRO N. DEL TESORO DOCUMENTAL Y BIBLIOGRÁFICO*

Presencia en una conmemoración. Organizar exposiciones y contribuir a la brillantez de evocadores aniversarios personales y de fastos célebres son, entre tantos y tan variados cometidos como ejercitamos, función específica y hasta caracterizadora de los archiveros, bibliotecarios y conservadores de museos.

No quisiera, sin embargo, en manera alguna que este acto conmemorativo del primer centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset, realizado a iniciativa de nuestra ya adulta ANABAD, sólo supusiera una reunión más en la prolongada teoría de las que se celebran. Es mucho lo que todos debemos al gran pensador madrileño y español y, por uno y otro motivo, universal, para que dejemos de pretender, aunque sea en vano, pagar una mínima parte de lo que le adeudamos por habernos consagrado su *Misión del Bibliotecario*. Este ensayo significa, además de la superación de una ocasional y rutinaria ponencia, divagación aguda y penetrante, esclarecedora, mejor que sobre las bibliotecas —cosas inertes, instrumentales al fin— acerca de la en frase suya «enorme y pavorosa» labor de los que remansan, conservan y difunden la Cultura. Y es que los libros, células y porción de las bibliotecas, con resultar también «cosas» —perdón por la humildad del vocablo— similares a las criaturas al contener alma y materia unidas, simbolizan tan sólo el pensamiento y el espíritu aprisionados para difundirlos y perpetuarlos.

* Conferencia pronunciada en el auditorio de la Biblioteca Nacional el 9 de junio de 1983.

Con independencia de esta interpretación, —tal vez personal en exceso del título del libro de Ortega —hay que admitir que el filósofo parte en bastantes casos de conceptos muy concretos: el Quijote, Galileo, Velázquez, Goya; la caza y los toros; la Universidad..., aquí y ahora la biblioteca, para desmenuzarlos asediándolos y someterlos al proceso abstractivo característico de su lúcida y transparente filosofía. Por otro lado, apenas resulta concebible la idea— palabra «bibliotecario» sin su correspondencia de «misión personal», contrapuesta, o mejor, apoyada en «misión profesional». Para una y otra arranca del supuesto de que esta vida nuestra, de todos, sólo es quehacer, proyecto.

Conviene insistir, asimismo, en lo que concierne al título de la obra que nos ocupa, que presupone a un tiempo una interpretación historicista y sociológica de ese quehacer propio y una altísima conceptualización, coherente con la importancia de los soportes informativos y culturales entre los que nos movemos y afanamos. Algo, que para quitar severidad y presión filosófica a lo que comento, pudiera muy bien expresarse y hasta tararearse con esa cierta y graciosa canción televisiva de ahora: «Todo, todo está en los libros». Si, todo está en los libros y de ahí la previa calificación adjetivadora orteguiana de nuestra misión de «enorme y pavorosa».

Circunstancia de la «Misión del bibliotecario». Si todo se encuentra envuelto, como por un halo, del entorno y la circunstancia —hechas ciertas salvedades y restricciones mentales— también ocurre lo mismo con la génesis de la *Misión del bibliotecario* de José Ortega y Gasset. Para abocetar levisimamente algo de aquella «circunstancia», vais a perdonar que junto con otras fuentes librescas, me ayude y valga de ciertas vivencias personales que alientan aún —supongo que por poco tiempo— en mi memoria.

Aunque de manera ocasional fui alumno de Ortega durante el curso de 1933-1934, el mismo en que se trasladó —ahora hace su primer cincuentenario— nuestra alma Universidad Complutense, tras las vacaciones de Navidad, del viejo, pero entrañable caserón del Noviciado en la calle de San Bernardo, al edificio entonces nuevo y oloroso a pintura fresca de la Ciudad Universitaria. Pronto —dos años más tarde— acabaría arrasado y mancillado por la sangre vertida en torno suyo. Agradezco en estos instantes la absurda, pero habitual costumbre en nuestro país, de pasarse el tiempo cambiando los planes docentes, ya que al decidir poner un apéndice o suplemento al denominado «plan Tormo» de la Sección de Letras, seguida por mí, me permitió acudir en calidad de alumno libre a las clases de don José, ampliadoras de una recién bautizada con este objetivo *Introducción a la Filosofía*. Alternaba mis enseñanzas con las de otros dos también extraordinarios maestros: el entonces todavía cartesiano, mejor que volteriano, don Manuel García Morente, magnífico, aunque un tanto sarcástico, pedagogo de la Filosofía; y don Xavier Zubiri, que había ahorcado o iba a ahorcar su ropa talar para casarse con mi condiscípula Carmen Castro, mientras nos abrumaba con sus originalísimas y para la mayoría de nosotros incomprensibles profundidades metafísicas.

Aún parece que contemplo a los tres: Morente, más bien bajo y algo metido en carnes; con calva más que incipiente, pelo rizado y gruesas gafas de concha, pantalón diplomático a rayas y sombrero hongo. Zubiri, menudo y cetrino, nervioso en su vestidura seglar que todavía no le caía bien. ¿Y Ortega? Don José era algo único y distinto. No muy alto, sin ser bajo, todo ojos grises, pensativos, pero sencillos y alegres; los escasos cabellos de su maravillosa cabeza, trataban en vano de disimular con coquetería la calvicie. Gustaba de cruzar los brazos, mientras el timbre de su voz, levisísimamente enronquecido por el tabaco, se hacía cada vez más y más claro e insinuador. Con ser tan diáfana y elegante su prosa, todavía lo resultaba más su palabra. Así era el Ortega y Gasset que conocí, en un aula del pabellón Valdecilla de la Universidad Central, no muchos meses antes de que se pusiera a escribir su *Misión del Bibliotecario*. Al hablar acerca de él a mi padre Justo García Soriano —otro bibliotecario casi coetáneo suyo, nació el 14 de abril de 1884— me refería, aparte de sus antecedentes y vinculaciones familiares con periodistas y escritores, tan decisivas en su caso como en el de Gregorio Marañón, la gustosa complacencia del filósofo cuando joven de ponerse a meditar, acodado y hundida la cabeza en el volante de su automóvil, uno de los todavía pocos que corrían entonces por las calles de Madrid; se sobreentiende, claro está, que bien aparcado aquél ante el edificio universitario de San Bernardo. Allí le veía la gente un tanto asombrada y divertida, igual que acontecía con la llegada pedaleante por el mismo lugar del catedrático Castillejo, Secretario, por cierto, de la Junta para Ampliación de Estudios, a la que Ortega, igual que Cajal, estuvo tan vinculado, así como a cuanto representaba. Con los años fuimos vecinos, ya que él habitaba en la calle Montesquiza y yo en la inmediata y casi frontera de Blanca de Navarra. Mi fervorosa admiración me permitió asistir apesadumbrado a su entierro un día de finales de octubre de 1955.

Por aquellos días en que acudí a algunas clases —yo mejor diría conferencias, charlas— de José Ortega y Gasset, tal vez un año más tarde —mayo de 1934— se reunía en esta ciudad nuestra el Comité o Consejo ejecutivo de una institución internacional, todavía no bien conocida por los profesionales —se creó en 1927—, la *Fédération Internationale des Associations de Bibliothécaires*, de modo abreviado FIAB o IFLA, como es ahora notorio de todos, pero que a los compañeros míos de aquellas calendas costó años averiguar. Esto era debido a que a los camaradas nuestros que nos representaban en las juntas les convenía mantener bien guardado este secreto arlequinesco, con objeto de que otros no les suplantarán en sus periódicos y reiterados viajes al extranjero. La FIAB acordó en aquella reunión, casi con carácter de previa, celebrada en la capital de la todavía flamante República, ya peligrosamente escorada a la derecha y a la izquierda, celebrar en ella el II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Era Presidente de la Asociación un norteamericano, W. W. Bishop, vinculado a las Universidades John Hopkins y Princenton, autor de un entonces conocido manual de catalogación, de cierta colección de ensayos sobre biblioteconomía, bien distintos —se trataba de sólo un valioso profesional— de los de Ortega y Gasset. Dos

igualmente prestigiosos doctores bibliotecarios —obsérvese este detalle significativo— a quien tuvo también años más tarde la satisfacción de conocer, T. P. Sevensma y A. C. Breycha —Vauthier, Director y alto funcionario de la Biblioteca de la Sociedad de Naciones, desempeñaban los cargos de Secretario General y adjunto a la misma.

De la decisión siempre fácil —lo digo por experiencia personal en tiempos discriminados políticamente: celebración hacia los años sesenta de la reunión de la IFLA en Madrid— de organizar congresos internacionales en España, para algo ha de servirnos nuestro atractivo turístico y ¡ay! el ser diferentes —salió la formación de un Patronato de honor y un Comité Español del Congreso, es decir, el organismo que decidiría que don José Ortega y Gasset elevara el tono del encuentro con la redacción de un ensayo— ponencia especialísima: nada más y nada menos que la *Misión del Bibliotecario*. Y a buen seguro que se consiguió: no creo que en ningún congreso profesional se haya efectuado una intervención como la que tuvo el autor de la *España invertebrada* el lunes 20 de mayo de 1935. Las *Actas y trabajos* que vieron la luz tantos años después —en 1949— gracias al tesón del que fue Secretario del Comité, don Javier Lasso de la Vega— denominan el ensayo de Ortega con toda impropiedad «discurso», si es que pensamos en la afectación y grandilocuencia que caracteriza al mayor número de esas piezas oratorias.

Es de entera justicia decir aquí, que la celebración del Congreso supuso un auténtico éxito, al mismo tiempo que por la hondura sencilla y penetrante, incluso presentidora, del ensayo de Ortega, por la buena organización de los actos, la nutrida asistencia —cuatrocientos sesenta y siete congresistas—, la originalidad que entonces suponían los temas discutidos —ahora machacados tantas veces han perdido un tanto su lozanía, aunque mantengan siempre la que añade y matiza cada tiempo— y, en fin, los actos sociales que tuvieron lugar. Voy a recordar los asuntos debatidos en las sesiones, tan semejantes a los que a lo largo de años y años, casi eternamente, se han estudiado y se siguen discutiendo todavía en nuestras reuniones y encuentros: bibliotecas populares; regionales; obreras; infantiles; de oficiales y soldados —militares diríamos ahora—; de buques; cárceles y presidios. Bibliotecas especiales: de empresas industriales y comerciales; parlamentarias y administrativas; de estudio (el préstamo internacional), de formalidades y precauciones necesarias; constitución de secciones reservadas de libros raros; medios de reproducción que hagan superfluo el préstamo; formación profesional; colaboración y ayuda mutua entre bibliotecas; bibliotecas nacionales y de investigación; la superproducción en materia de publicaciones periódicas. Las bibliotecas y la bibliografía española; la bibliografía española en el extranjero.

Toda esta auténtica turbamulta de asuntos llegaría tamizada y lejana hasta los oídos del filósofo. El mismo nos lo dice: «No puedo intentar enseñaros nada sobre las técnicas complejísimas que integran vuestro trabajo, las cuales vosotros conoceis tan bien y que son para mí hermético misterio». Quizá por ello admite asimismo, que lo que iban a oír, y nosotros ahora a leer, gracias al poder perpetuador de la letra impresa,

«no coincide con el título dado a mi discurso», palabra esta última —insisto yo— que se le escapa o con la que pretende un poco dar relevancia a lo que expone a un público en buena parte internacional; y ello, arriesgándose incluso a «hablaros en una lengua que conozco muy poco, en que tendré que balbucir y tropezar muchas veces, que ni siquiera pronuncio bien». Si desechamos lo que todo ésto tiene de fórmula de humildad, todavía nos queda el entrever la tímida actitud personal de Ortega en ese momento inseguro e incierto, en que comienza a escribir su «discurso» con todo el bagaje de su enorme capacidad intelectual y meditativa, tan sensible a la expresión bella, ungida de serenidad. En aquel momento pesa, igual que siempre la circunstancia, que en este caso se refería a una porción, una serie de profesionales de otros países y españoles, a los que conocía por sus personas y por sus escritos. Por sus obras los conoceréis, dicen las Sagradas Escrituras.

Bibliotecarios en el II Congreso Internacional. ¿Cuáles fueron los bibliotecarios y como consecuencia las bibliotecas, que estuvieron en el círculo personal de Ortega y Gasset y tal vez influyeron de modo pasivo en la elaboración de su libro? Pocos o ninguno con sus ideas; todos con su existencia, presencia vital. El tema requerirá un más extenso y pausado estudio. Aquí me limitaré a esbozarlo.

Cualquier persona que compra libros, aunque no sean muchos, se considera bibliotecario de su propia biblioteca; lo que le permite hablar y opinar acerca de problemas de nuestra profesión. Esta resulta una de las grandezas y servidumbres de este oficio nuestro. Nadie o muy pocos osarían hablar de Arquitectura o de Fontanería, porque se valen o utilizan tales actividades. Lo que se ejercita como «amateur» se minusvalora mucho más que lo que es propio de nuestra profesión. Todo esto origina por fuerza una de las causas de la depreciación que sufren en éste, y creo que, aunque en menor escala, en muchos países la carrera de bibliotecario. Naturalmente, esto no se da en el caso de José Ortega y Gasset, que nació ya entre libros e incluso —según él mismo escribió— encima de máquinas de imprimir. Más el ambiente de indiferencia que rodea a las bibliotecas y a los bibliotecarios, le indujo a romper con figura esa lanza valorizadora que es en cierto sentido su *Misión del Bibliotecario*. Como no podía por menos, la colección de libros del gran filósofo resultó excelente en su especialidad y hasta bastante variada, según tenemos la fortuna de poder comprobar aún, al menos en gran parte. Nada hay que ponderar de las bibliotecas alemanas que frecuentó tan perfectas como las norteamericanas e inglesas y embarcadas ya en la magna y solucionadora idea de los Gesamt Katalog.

De todos los bibliotecarios españoles, fue sin duda, el que mayor intimidad tuvo con Ortega y Gasset, su tocayo y contertulio del café de la madrileña calle del Príncipe, el *Gato Negro*, así como de la Revista de Occidente, mi inolvidable amigo también don José Tudela de la Orden. Su nombre figura, cómo no, en la relación de los congresistas, y lo que es de mayor curiosidad, en las *Obras Completas*, del gran filósofo, con su artículo que ahora llamaríamos «ecologista», el titulado *Pepe Tudela vuelve a la gleba*. No obstante *Pepe Tudela* —como le llamaba don J o-

sé— debió de permanecer en gran parte ausente de la organización del II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía, a causa de que por sus conocimientos del campo español y relación con el ministro Fernando de los Ríos, se entregó en cuerpo y alma al planteamiento y la puesta en marcha de la Reforma Agraria. Tuvo una importante intervención a la hora de redactarse el proyecto de ella, igual que en la disposición que en 1932 creó nuestro actual Cuerpo de Ayudantes, sin ningún carácter técnico, sino esencialmente administrativo, ya que había que suplir los puestos de esta naturaleza que no cubría el Ministerio: a los funcionarios de tal clase los archivos, bibliotecas y museos les resultaban económicamente muy poco atractivos. Perdón, por este inciso aclaratorio, hecho en el momento en que acaba de conmemorarse el primer cincuentenario, para mi inolvidable de aquel suceso, porque me trajo a la actividad en que aún sigo, aunque por poco tiempo —y que ha sido eje de mi vida durante más de cincuenta años.

Ostentó la presidencia del Comité Español del Congreso don Teófilo Hernando, persona para mí, y asimismo para Ortega, tan querida como don José Tudela. Hernando perteneció a una rara clase de hombres de este país, que sin ser bibliotecarios, en ocasiones —todo hay que decirlo— aman igual que nosotros los libros y saben que el papel de ellos, de las bibliotecas y de los que estamos obligados a entregarnos a unos y a las otras en cuerpo y alma, es imprescindible para que España sea lo que le corresponde en el mundo por su historia y su cultura. Sin conseguir que la sociedad española, sus hombres y mujeres se ilustren, no basta con que haga bastante poco tiempo que la casi totalidad de nuestra conciudadanía se hayan redimido del analfabetismo y que se encuentren ahora en el estadio de los que saben juntar las sílabas, pero no practican sin libros, bibliotecas y bibliotecarios. Así no suponemos nada en el presente y cada vez menos en un futuro culto y dominado por la tecnología.

Descendía don Teófilo por parte materna de los Ortegas, una familia de abolengo en la ilustración compuesta por fundadores del Jardín Botánico, médicos y farmacéuticos célebres. Discípulo predilecto de Santiago Ramón y Cajal y médico particular suyo, amplió sus estudios en Alemania igual que Ortega y Gasset. Aún recuerdo que me contaba cómo sorprendía a los grandes investigadores de aquel país, superespecializados, gracias a que por los conocimientos amplios y universales impartidos, al menos entonces, en nuestras universidades, sabía explicarles fenómenos de los que ellos ignoraban una parte de los términos comparativos. Catedrático en la Facultad de Medicina, hasta que le destituyeron tras nuestra contienda civil, fue el mejor especialista de enfermedades del estómago, académico e íntimo del Dr. Marañón, igual que de Ortega. Presumo que a él se debió la participación del filósofo en el Congreso de Bibliotecas y, por tanto, el que se escribiera la *Misión del Bibliotecario*.

La casa y consulta de Hernando en la calle de don Ramón de la Cruz, resultaba en su totalidad —hasta el dormitorio y el comedor— una magnífica biblioteca. Un simple detalle revelador: en ninguna residencia particular he visto más que en ella un enorme y bellissimo mueble libre-

ría del siglo XV. Por todo esto, no es de extrañar que don Teófilo, miembro del Patronato muy activo entonces de la Biblioteca Nacional, presidiera nuestro Consejo Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Por otra parte merece especial consideración, el discurso que en su calidad de Presidente del mismo, pronunció en la sesión en que habló Ortega.

Voy a exponer brevísimamente, las conclusiones, sin duda en exceso ilusionadas, a que llegaba el gran médico y bibliófilo. Son hijas en parte, de su papel en el solemne acto ante muy ilustres colegas extranjeros, así como del optimismo que produjo a ciertos espíritus liberales, democráticos, el aire de renovación atribuido al régimen republicano. Y eso que seis meses antes había resonado en Asturias el adabonazo precursor de la inminente guerra civil que conocemos con el nombre de Revolución de Asturias. Más será mejor leer sus propias palabras, hasta cierto grado, contrapunto de las de Ortega, en una concreta y embellecida realidad bibliotecaria española:

«Todo nuestro caudal bibliográfico empieza a ser movilizado, al mismo tiempo que se enriquece con nuevas adquisiciones gracias al esfuerzo verdaderamente heroico, de nuestros bibliotecarios y al aumento de las dotaciones, que, aunque todavía insuficientes, debemos a los Gobiernos de la República:

No se ha limitado ésta a elevar las dotaciones, sino que ha creado la Junta para adquisición de libros, que al mismo tiempo que provee a todas las grandes bibliotecas, organiza Bibliotecas Municipales en muchos pueblos.

Es verdaderamente extraordinaria la labor de las Misiones Pedagógicas, que han repartido en poco más de tres años, más de cinco mil bibliotecas en pueblos de menos de quinientos habitantes.

Señalemos también el esfuerzo de unos cuantos bibliotecarios y bibliotecarias entusiastas, creando y sosteniendo bibliotecas infantiles, de hospitales, etc.

Como bibliotecas excepcionales señalemos la Hemeroteca Municipal de Madrid y la Biblioteca de Música.

La Hemeroteca de Madrid es quizá única, pues en otros países no pasan de ser una aspiración las bibliotecas consagradas exclusivamente a los periódicos. Fundada en 1918 con 200 periódicos, recibe en la actualidad más de 10.000 y posee colecciones de gran interés.

Merece también señalarse nuestra Biblioteca de Música, que realiza no sólo el préstamo de partituras y demás libros musicales, sino hasta instrumentos.

Hace veinticinco años que se fundó el Centro de Estudios Históricos: en la actualidad posee una excelente Biblioteca que nutre a una gran cantidad de lectores y sirve para muchos trabajos de investigación. El Centro reúne una gran cantidad de material de trabajo (papeletas, fotocopias, discos, etc.) que han de seguir rindiendo una utilidad imprevista.

La «Biblioteca del Ateneo» es una de las mejor dotadas en libros modernos: sostenida por una Sociedad, con cuota moderada, es asequible a nuestra juventud y se halla abierta dieciséis horas diarias».

De los otros bibliotecarios asistentes al Congreso de mayo de 1935, no puedo ni quiero hablar, porque mis palabras se harían interminables. Me limitaré a mencionar sólo a algunos, caracterizándoles levísimamente, cuando resulte necesario. Así nada menos que de los aproximadamente doscientos congresistas españoles, veinticuatro formaron parte del Comité Español del Congreso.

El primer Vicepresidente, Vicente Castañeda, Secretario de la Real Academia de la Historia, asiduo mentor del Duque de Alba, fue aparte de compañero nuestro, aunque con poco ejercicio directo, excelente bibliófilo y conocedor de todos los aspectos del comercio del libro antiguo. De aquel estupendo paleógrafo y persona buena e infatigable en el trabajo, que se llamó Agustín Millares Carlo, desviado de su mejor especialidad —la Paleografía— por el exilio, no hace falta ocuparse; ni de Javier Lasso de la Vega, por fortuna viviente y actuante a sus creó que noventa y un años; quizá la persona que mejor ha sabido evolucionar e innovar en esta profesión. De Homero Serís, «aunque no lo parecís», añadían en bondadosa broma algunos, se le debe mucho: la formación en gran parte de la antigua Biblioteca del Centro de Estudios Históricos y, entre otras cosas de menor cuantía, dos repertorios bibliográficos estimables. Jorge Rubió y Fernando Valls y Taberner constituyeron dos firmísimos puntales de la Cultura Catalana en la actual Biblioteca de Catalunya y en el Archivo de la Corona de Aragón, como de la andaluza Juan Tamayo, Cristóbal Bermúdez Plata, Juan Lafita, este último Director del Museo y máximo cicerone de Sevilla. Entre la castellanidad vieja y nueva, no podían hallarse ausentes los nombres —algunos de ellos para mí imborrables— de los dos Franciscos: Esteve Barba y San Román; Eduardo Juliá, Fulgencio Riesco, José Camón, José Sánchez Gómez, Jorge César de la Riva y Antonio García Boiza. Mezclemos las figuras, en sus ideologías y escritos tan dispares de la inmolada Juana Capdevielle; de Jesús Domínguez Bordona, gran investigador de nuestras miniaturas y Director de la Biblioteca de Palacio; Francisco Hueso; Enrique Lafuente Ferrari, discípulo de Tormo y a su vez maestro de los maestros de la Historia de la Pintura Española; Pilar Lamarque; Alfredo Ramírez Tomé; Rocher, gran y filantrópico valenciano; Florián Ruiz Egea, otro inmolado, aunque éste por el bando afin a la Capdevielle; el erudito y un tanto pasional Federico Ruiz Morcuende. Y un último nombre: el de Antonio Rodríguez Moñino, al que las circunstancias —manipuladas por las personas y sus rencores tantas veces— le pusieron en paralelo con su admirado hasta la obsesión Bartolomé José Gallardo. Sin embargo en mi parecer, y creo que también en el de muchos, superó al autor del *Ensayo* y bibliotecario fundador de nuestras Cortes, aunque no pudo lograr, como Rodríguez Moñino tampoco, serlo de la Nacional. Dos españoles, además de con vocación innata, con conocimientos únicos y difícilmente repetibles, pero que no caben en la más que obtusa incompreensión de los que hacen y se encargan de cumplir estúpidos

programas de oposiciones sahumados no por la política grande, sino por la politiquilla estrecha, fundada en recursos memorísticos mejor que en extensos y útiles libros.

Perdonad aún, que tras esta dolida consideración, basada entre otras cosas, en un elemental y mínimo sentido de la justicia, no deje de enumerar —apenas sólo enumerar—, evocándolos entre nosotros, los nombres importantes y cargados de actividades y empresas culturales, de otros asistentes al II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía, que sin pertenecer, ya veis al extensísimo Comité Organizador, formaron parte del círculo muy amplio de las amistades de Ortega y Gasset, y que unos más, otros menos y varios nada, pudieron pesar en el concepto general que el pensador tendría de los bibliotecarios españoles coetáneos suyos.

Miguel Artigas, no obstante ser Director de la Nacional entonces y académico aparece un poco oscurecido en el Congreso. No todos cabe que figuren, aún descontada la política, entonces bastante exacerbada, y los personalismos: Pensemos en mi inteligentísimo, perspicaz e imaginativo maestro Américo Castro; en el médico y bibliófilo Dr. Cortezo; en Bermúdez Plata; en Carreras Candi; Durán y Sanpere; en José Francés, además de entonces también académico y omnímodo crítico de Arte, jefe de la Biblioteca del Ministerio de Comunicaciones; en García Bellido, Gili y Gaya; en aquella extraordinaria compañera bibliotecaria que fue María Moliner, cuyas ideas todavía habrá que utilizar para organizar nuestras bibliotecas; Enriqueta Martí; Matilde López Serrano; Tomás Navarro Tomás, máxima figura de la Fonética española, que con Juan Vicens de la Llave y Teresa Andrés, fueron máximos responsables de las bibliotecas españolas durante la contienda civil; el estupendo bibliófilo Miquel y Planas, tan notable en Barcelona como en Valencia Francisco Martínez Martínez; Alfonso Par; el facultativo e historiador catalán Ferrán Soldevilla; Suñé Benages; Juan Tamayo; Toda y Güell, el asimismo bibliófilo y diplomático residente en sus últimos años en el castillo de Escornalbou; Dalmiro de la Válgoma, actual Secretario de la Real Academia de la Historia; los tres librereros anticuarios y bibliógrafos —no hay precisos límites para estas dos actividades— Roque Pidal, José Porter y Francisco Vindel, a los que todavía no se ha hecho la justicia que merecen. En fin, Manuel Pérez Búa, pionero con otros de la actualización y organización cooperativa, unida bibliotecaria, ya que consiguió concluir el Catálogo Colectivo de la zona del Noreste de España (Galicia y Asturias).

La Misión del Bibliotecario. Cuando José Ortega y Gasset comienza a escribir su *Misión del Bibliotecario*, lo hace lógicamente con la elevación y el espíritu universalista que corresponde a toda su obra, así como a la ocasión en que ha de leer su ensayo. Presentes en su pensamiento y, hasta de manera física en el paraninfo de la actual Universidad Complutense, entonces Central, se encontraban los bibliotecarios y hombres de cultura y para la cultura a que me he referido. El tono que emplea resulta mesurado, igual que sucede siempre, a pesar del dramático problema que aborda hasta hacerle titular uno de los capítulos: *El libro como*

conflicto. Se trata, bien lo sabeis y lo vivís cada día, de una rebelión de la cultura acumulada y guardada en los libros, que obliga a escribir al filósofo: «... He aquí donde veo yo surgir la nueva misión del bibliotecario incomparablemente superior a todas las anteriores. Hasta ahora se ha ocupado principalmente del libro como cosa, como objeto material. Desde hoy, tendrá que atender al libro como función viviente: habrá de ejercer la policía sobre el libro y hacerse domador del libro enfurecido». Si seguís estas ideas, ya podeis poner tras vuestros nombres en las tarjetas, «domador del libro enfurecido».

Bromas aparte, Ortega en la *Misión del Bibliotecario* consigue esclarecernos el drama de eso tan delicado y en cierto modo inexplicable que es la Cultura, a la que yo me he tomado la libertad de definir como el saber y la sensibilidad acumuladas y encerradas o no en los que ahora llamamos «soportes informativos». Y es que los hombres, todos los hombres, desde el momento en que nacen hasta aquel en que mueren —igual que cualquier ser vivo— reciben y reciben información tanto por la vía sensitiva como por la intelectual, para transformarla, como las abejas el néctar de las flores en miel, en esos saber y sensibilidad acumulados a que acabo de referirme. Y dispensad la cursilería de la comparación, en gracia de lo gráfica que resulta.

Claro está que nuestro primer soporte sensible-informativo es la memoria. De ese soporte tan variable, según las distintas estructuras orgánicas y fisiológicas proceden infinitas modalidades de comunicación: la mímica, la palabra, la poesía, la pintura, la música, el baile... Todo ésto e incontables manifestaciones más constituyen primero esas informaciones y comunicaciones compartimentadas, independientes que al unirse formarán la Cultura en abstracto, concepto sutil y evanescente, tan difícil ¡ay!, aunque no imposible de someter a normas prácticas y, entre ellas, a las político-administrativas que debeatían regirla, orientarla y hasta gobernarla.

De todos estos aspectos de la información-comunicación nos interesan tan sólo aquí, y a Ortega y Gasset en su *Misión del Bibliotecario*, los que conciernen a la información-comunicación contenida en los soportes que tienen por finalidad fijar la palabra, gracias al maravilloso invento de la escritura. Ella ve facilitado su proceso creciente de mejoramiento y difusión por el documento y el manuscrito, por el libro y el impreso ya desde el siglo XV; que se estabilizará y estancará un tanto para dar un gran salto en todo, pero en especial en lo que al aspecto cuantitativo se refiere durante los siglos XIX y XX, merced al desarrollo tecnológico, hijo de sucesivos conceptos filosóficos-científicos: experimentalismo, ciencia pura y de inmediato aplicada, enciclopedismo, liberalismo ideológico y, por qué no, también político con sus secuelas sociológicas, coexistentes con los avances de una tecnología que no sólo multiplica el número de los libros, sino que los refuerza en medio de la variadísima gama de soportes audiovisuales que existían ya cuando Ortega piensa sobre la *Misión del Bibliotecario*, que tenemos ahora y que van a perfeccionarse y aumentarse hasta límites difícilmente predecibles.

Con la perspectiva histórica de don José Ortega y Gasset en 1935, el conflicto del libro que se enfurece en su alarmante abundancia resulta auténticamente dramático. E insisto, aunque la aclaración parezca obvia, que lo que se rebela hasta amenazar con anegarnos, no son los soportes —libros y demás medios audiovisuales, sino la información, la Cultura, el saber acumulado en ellos. Nuestro filósofo que apenas desciende de la altura majestuosa de la especulación, a la prosaica realidad de nuestras tecnologías —para él y según nos asegura «hermético misterio»— no repara en cierto viejo refrán español, «una mancha de mora con otra de mora se quita». En efecto, es precisamente esa misma y casi todopoderosa tecnología que nos ha sumergido en el conflicto, la que puede y debe sacarnos de él. Claro que para que ocurra ésto resultará preciso que aún transcurran bastantes, no muchos años, y que varios intentos bibliográficos que se venían realizando casi desde el instante en que se origina el problema, maduren y se afiancen, ya que el paso del tiempo es un factor indispensable, insalvable.

Aquellos intentos datan precisamente de la época en que la utilización del cloro, origina el invento del papel continuo (1774 y 1885); el empleo en 1879 en Nueva York de la primera prensa rotativa. Asimismo en aquel año 1885 comienza a emplearse la linotipia y en 1887 la monotipia; el fotograbado; en 1905 el «offset»...

Estos factores, la denominada «explosión demográfica», prevista casi en vaticinio por el sacerdote Tomás Roberto Malthus (1776-1834); la organización de las masas con un sentido internacionalista (1864); una fe ciega y ensorbecida en el llamado progreso indefinido, originaron un desarrollo considerable de la Cultura y, de resultas, de la producción de libros. Claro está que se necesitaba un nuevo espécimen de bibliotecario: ya no bastan —no puede nunca prescindirse de nadie, y menos en este campo de lo cultural en el que buscar, conservar y difundir resultan permanentes o inevitables aspectos de una misma actividad— ya no bastan, digo, los que Ortega denomina «aquellos geniales bibliotecarios renacentistas, que son grandes cazadores de libros, astutos y tenaces». Hay que fijar la atención igual que él lo ha hecho en los dos capítulos de su *Misión —La historia del bibliotecario, El Siglo XV y El Siglo XIX—* en otra época y en distintas actividades. La admirable condición individual, humana y humanista de un Petrarca jugándose la vida en largos y peligrosos viajes, por ejemplo al monasterio de Fulda, en la Selva Negra, en busca de códices de Seneca, Quintiliano o de Lucano, y ello como en un vaticinio ya en el siglo XIV; de Arias Montano planeando de mala gana la Biblioteca de El Escorial, por imposición de Felipe II, que no dudaba en ocuparse personalmente de iniciales menesteres bibliotecarios; de Budé; de nuestros Fernando Colón, Arce, León Pinelo, Nicolás Antonio, Iriarte, Pérez Bayer, Gallardo, Salvá, Palau y, por qué no, en estos días nuestros, Rodríguez Moñino y Simón Díaz... Estos bibliotecarios eruditos, no deben ser sustituidos, sino complementados, por los técnicos de los libros y de lo que estos contienen, nada más y nada menos que la Cultura en sus cada vez mayores, infinitas modalidades, técnicas y soportes que complican y confunden hasta límites insospechables nuestra misión

de bibliotecarios. Contamos en parte ya con el remedio, o mejor aún, con los remedios: fichas perforadas, ordenadores, microordenadores, rayos láser y con otros instrumentos que presentimos mejor que conocemos. Y hemos llegado a un punto en que la cuestión ha dejado de ser instrumental, para convertirse en la de organización utilizadora de esos instrumentos.

La genialidad de Ortega y Gasset en su *Misión del Bibliotecario* reside, no en haberse dado cuenta antes que nadie de una grave situación de la Cultura, puesto que existen precedentes y hasta actividades precursoras de sus ideas, sino en haberlas expuesto en el instante adecuado —II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Madrid, 1935—; asimismo en descubrir la polarización de los dos momentos estelares de nuestra actividad: Renacimiento y Siglo XIX, por patentes que puedan antojársenos ahora.

Ortega ve a los bibliotecarios, que incita en su nueva misión, como una ilusión y una esperanza que no comparte del todo. Tiene plenísima conciencia de que: «El hombre se pierde en su propia riqueza; su propia cultura, vegetando tropicalmente en torno a él, acabó por ahogarle. Las llamadas crisis históricas, y no hay duda en que nos encontramos en una de ellas —añado yo— no son a la postre, sino esto... En toda Europa existe la impresión de que hay demasiados libros, al revés que en el Renacimiento. ¡El libro ha dejado de ser una ilusión y es sentido como una carga! Recuerda hasta una frase de Chateaubriand, en la que compara la invasión de los libros con la de los bárbaros. Y resume: «Hay aquí, pues, un drama: el libro es imprescindible de estas alturas de la historia, pero el libro está en peligro, porque se ha vuelto un peligro para el hombre».

Por todo ello estima que la profesión de bibliotecario, que ha logrado la madurez, «tiene que habérselas —son sus palabras— con el libro bajo la especie de conflicto». Por lo que incluye en este cometido nuestro, varias importantísimas funciones, nada fáciles de realizar: contribuir a formar un imprescindible «imperativo de la conciencia histórica», a la vez que lo que denomina «estadística de las ideas». Casi todo lo más arduo de nuestro oficio guarda relación con lo que profesionalmente llamamos información bibliográfica —que yo por fortuna he ejercido durante veintidós años—. Y así, hay que lograr reducir las dificultades del hombre moderno, «cuya triste misión es leer muchos libros, los más posibles... Debe dejar de ser cuestión reunir la bibliografía sobre un asunto, previamente razonada y cribada». Y acaba con esta delicadísima insinuación: «¿Es demasiado utópico imaginar que en un futuro nada lejano será vuestra profesión encargada por la sociedad de regular la producción del libro, a fin de evitar que se publiquen los innecesarios y que, en cambio no falten los que el sistema de problemas vivos en cada época reclaman? Y recapitula de la siguiente manera: «En esa función de su oficio imagino al futuro bibliotecario como un filtro que se interpone entre el torrente de los libros y el hombre».

Desconozco la reacción de todos y cada uno de vosotros ante estas palabras del filósofo, pero estoy seguro que unánimemente las juzgareis graves y muy comprometedoras.

Las bibliotecas españolas como conflicto. Ortega y Gasset no se refiere para nada en concreto a las bibliotecas, ni a los bibliotecarios españoles en su *Misión del Bibliotecario*. Era lo correcto y procedente al escribir y hablar en un congreso internacional. Como ya he dicho gustaba en sus escritos partir de lo particular para remontarse a lo abstracto, y eso sin que apenas nos apercibamos de ello. Sin embargo en un artículo periodístico muy de su primera época —no olvidemos nunca que don José nació y fue siempre periodista— se ocupa en tono de cierta vivacidad y crítica de un hecho particular, pero absolutamente desvelador del drama que suponen nuestras bibliotecas, dentro del conflicto cultural que pesa sobre las de todos los países, es decir la superproducción bibliográfica. Aludo a su escrito aparecido el 21 de febrero de 1908 en el familiar diario *El Imparcial*, bajo el título significativo de *Pidiendo una biblioteca*. Pensemos en que el artículo de Ortega está hecho cuando cuenta con la envidiable y acometedora ingenuidad de los veinticinco años, en ese momento triste de la Historia de España que va del desastre de 1898 a la semana trágica barcelonesa de 1909. En ocasión en que la necesidad de libros para completar su formación, le hace sentir en mayor grado la ausencia de ellos. No hay más remedio que reproducir aquí algunas de sus palabras para saber lo que nuestro gran filósofo pensaba de la situación de las bibliotecas españolas, con independencia del tono elevado y discursivo de la *Misión del Bibliotecario*. Se expresa así:

«Hoy es muy difícil realizar trabajos científicos en España: salvo algunas materias, es decididamente imposible. Comienza por no haber una sola biblioteca de libros científicos modernos. La Biblioteca Nacional es inservible; apenas si basta para asuntos de historia y literatura españolas, que son las disciplinas menos europeas. Las demás ciencias se hallan por completo desprovistas de material bibliográfico. Faltan las obras más elementales. Apenas si hay revistas. Para colmo de desventuras, el reglamento es paladinamente ridículo. El principio en que se funda este reglamento es que los libros están en la Biblioteca para que no se los lleven; no para que sean leídos bajo ciertas garantías, sino exclusivamente para que no se los lleven, aunque nadie los lea.

Creo que una biblioteca de libros científicos (y claro está que esto quiere decir libros científicos extranjeros) es institución mucho más urgente que ese teatro nacional proyectado. Puede vivir dignamente una nación sin un Teatro Nacional: sin una biblioteca medianamente provista, España vive deshonrada».

En este artículo —insisto en lo juvenil de Ortega y en la desmoralización del momento histórico en que se escribió— hay apreciaciones que ahora resultarían a todas luces exageradas e injustas; pero otras, setenta y cinco años después guardan actualidad por desgracia. Nuestro gran filósofo estaría en aquellos momentos acuciado para terminar de formarse y opositar por la falta de libros y revistas extranjeros.

Parece no reparar con exactitud de profesional, en la diferencia existente entre una biblioteca nacional y una universal, modalidad a la que ahora algunos de los más poderosos y ricos países se acercan, pero no

llegan. Está claro, sobre todo a partir de una reunión organizada por la UNESCO en Ginebra, que una biblioteca nacional debe limitarse —y no es poco— a reunir la producción bibliográfica de un país, lo publicado en el extranjero relacionado con el mismo y, en fin, los libros que marcan un hito en los diversos aspectos —el científico y tecnológico incluidos— de la Cultura universal. Si nuestra bibliografía científica y técnica son pobres, aunque no tanto como muchos han considerado, no cabe otra cosa que lamentarlo e inquirir, por quien corresponda, las causas para su remedio futuro. Verdad es que en 1908 y todavía en 1983 se encuentra en tal sentido casi todo por hacer: en parte por culpa del Estado, pero también de empresas e instituciones y en menor grado, de los propios particulares.

Lo que asegura Ortega y Gasset del reglamento de bibliotecas se contestó pocos años después con otra finalidad por uno de nuestros mejores bibliotecarios, Antonio Paz y Melia en su excelente trabajo, *La cuestión de las bibliotecas nacionales y la difusión de la Cultura* (Madrid, 1911). Por mi parte puedo añadir, que a pesar de ese reglamento, similar a todos o casi todos los que entonces y aún ahora existen, yo he sido testigo en 1923 de cómo se permitía a los niños entonces de mi edad leer, cuando sabían, o si eran analfabetos, pasar las hojas de las revistas ilustradas, en lo que se denomina Salón de Estudio de la Nacional. No era, por tanto, muy severo nuestro reglamento de bibliotecas, todavía por desgracia sin actualizar debidamente. Claro está que habrá en cualquier caso que discriminar lo que es un reglamento de bibliotecas de investigación, de otros establecimientos infantiles, públicos o populares y de las muchas varias y distintas clases, cada vez más especializados, entre éstos los que, como la Nacional, son auténticos museos de la Tipografía.

En ese artículo de José Ortega y Gasset, *Pidiendo una biblioteca*, hay no obstante lo que acabo de señalar, algo muy valioso, positivo y que incluso pudiera haber llegado a ser trascendental. Su finalidad última, si no exclusiva, fue la creación de una *Biblioteca de libros científicos*, así la denomina el filósofo evidenciando lo poco desarrolladas y matizadas que se encontraban aún (1908) las ciencias en España y, sobre todo, las tecnologías. Proponía con acierto que el Director fuese nuestro don Eduardo Hinojosa, funcionario facultativo y profesor de la Escuela de Diplomática, desde 1875 a 1900 en que se suprimió aquella por desgraciado acuerdo ministerial e Hinojosa, ocupó no una cátedra científica o, siquiera, de Historia de la Ciencia, sino de Historia Antigua y Media de España. Su personalidad, incluso política —era miembro del partido Conservador— no difería tanto de la de Menéndez Pelayo, si se pasa por alto la adscripción a un determinado grupo —el más fecundo que ha tenido nuestro país—. Tal vez existió el propósito no declarado de aislar en su Biblioteca Nacional, precisamente, al autor de la *Ciencia Española*, más teórico que real jefe de los archiveros, bibliotecarios y arqueólogos españoles, sólo por razón de ostentar el cargo de Director de aquel establecimiento. Recuérdese lo que muy pocos años más tarde pasa con el Ministro Burrell y don Marcelino Menéndez Pelayo.

La petición de Ortega y Gasset pudo resultar fecunda, pero se malogró como tantas y tantas otras que los políticos no suelen comprender cuando no están en las miras de sus inmediatos y concretos fines. Tal vez hubiera sido mejor vincular, la por fuerza multiforme actividad de una Biblioteca científica así, a las universidades, facultades y seminarios, a la manera en que vemos se plantea este problema en nuestros días, precisamente a causa de la superespecialización. Pero no vale adelantarse a los tiempos.

Hay dos lagunas en el pensamiento de Ortega y Gasset que no dejan de extrañarme: el que no expresase con rotundidad la total independencia y complementariedad de las misiones de las Universidades y las de las Bibliotecas. El que enseña ha aprendido, además de en la reflexión, en los libros; a ellos ha de acudir para que sus discípulos se formen por completo. Sin un conocimiento de la mejor y más adecuada bibliografía, cuanto se generaliza queda en el aire. Esta con seguridad involuntaria omisión de Ortega la comparten muchos de nuestros catedráticos y profesores. Y ella es entre otras varias, una de las causas que han contribuido a la triste situación de muchas de nuestras bibliotecas, sobre todo si se tiene en cuenta que casi de continuo aquellos hombres de estudio e investigación han monopolizado desde los más altos puestos de los Ministerios de Instrucción Pública, la Educación a solas o acompañada de las palabras desiderativas Ciencia, Investigación, así como la organización orientadora del amplísimo concepto de Cultura de nuestro país. En las reiteradas reformas universitarias o no se menciona a las bibliotecas o se hace esto de pasada; y cuando, por fin, se piensa en utilizar a los bibliotecarios en un número que no resulte simbólico, se proporciona a los que acuden a tales oposiciones un «status» de auxiliares y casi de bebedes, a pesar de valerse en el mayor número de los casos de licenciados y hasta de doctores. Al crearse un Ministerio de Cultura, muchos ingenuos —entre los que me encuentro— pensamos que los archivos, las bibliotecas, los museos, los centros documentales e informativos, iban a encontrar por fin, aunque con un retraso de cincuenta años, el puesto que les corresponde como órganos de adquisición, organización, conservación y difusión de la Cultura. Mas la mentalidad no había cambiado del todo, o casi nada, y por otro lado, ha sido y sigue siendo la hora en que los Ministros de Hacienda impongan, reiterada y machaconamente a las bibliotecas en todos los regímenes y situaciones políticas, aquello de lo de las vacas flacas y lo de la economía del loro.

Perdón por esta digresión, hija ya de una desencantada y desilusionada vida profesional de más de cincuenta años. Claro está que mi admirado maestro José Ortega y Gasset no tuvo culpa alguna en esto; si acaso tan sólo la de no haber planteado con el dramatismo que en tantos casos supo imponer a sus ideas, la inseparable complementariedad entre universidades y bibliotecas. Mas ni aun a los mejores filósofos cabe pensarlo ni decirlo todo.

Algo parecido sucede al autor de *La rebelión de las masas*, en lo que concierne a la consideración del papel que las bibliotecas populares —llamémoslas así— han tenido en otras naciones, y mucho menos en la

nuestra, respecto a la subida —son palabras suyas— «de todo el nivel histórico de aquellas masas, y revela que la vida media se mueve hoy en altura superior a la que ayer pisaba». El protagonismo bibliotecario en aquel nivel parece indiscutible; pero en España resulta más insignificante y tardío.

No voy a detenerme a exponer ni valorar el proceso que siguió la lectura pública en España, porque ya lo han hecho en este mismo sitio y en varios ensayos, Hipólito Escolar, Manuel Carrión, Luis García Ejarque e Isabel Fonseca. Después de la llamada Revolución de Octubre de 1868, y enlazando tal vez, aunque en el fondo eran otra cosa, con los nunca muy desarrollados «gabinets de lectura», surgen las bibliotecas populares en ciertos ateneos de partidos políticos y sociedades obreras. Tuvieron vida más efímera que las instituciones similares establecidas durante el período de la segunda república. En el interregno y con las alternativas y peculiaridades de que nos habló Escolar, Eugenio de Ors estableció la red bibliotecaria de Cataluña aproximadamente por el mismo tiempo en que nacen en Madrid, la Hemeroteca Municipal, la biblioteca general y la musical de su Ayuntamiento y las escasas, pero bastante bien pensadas y organizadas populares de la capital de España, de índole estatal.

Con independencia, aunque no del todo ni siempre, de los ministerios, las bibliotecas mineras asturianas supusieron un gran esfuerzo de los sucesivos gobiernos posteriores a 1931. Sin embargo, a mi juicio lo verdaderamente importante por revelar un cambio de espíritu en el Estado fue la metamorfosis de las denominadas bibliotecas provinciales o de los institutos; ya que todavía en 1930 en tantos y tantos casos se encontraban aún en sus vetustos locales y supervisadas por los directores de esta clase de centros docentes. Yo tuve ocasión de asistir, apenas iniciado, como muy modesto funcionario del Cuerpo Auxiliar, asimismo creado entonces, igual que los Archivos Históricos de Protocolos a este importante fenómeno de cambio. Todavía pude conocer establecimientos de aquella clase que en bastantes casos carecían de luz eléctrica, se hallaban situados en el peor lugar de los edificios, con consignaciones para material que casi nunca llegaban a las cien pesetas anuales. Al independizarse de los institutos, se actualizaron los fondos, que sólo consistían en los viejos manuscritos, incunables y obras de los conventos suprimidos, aparte de memorias estadísticas, no muchos libros locales y los donativos de la Biblioteca de Depósito del antiguo Ministerio de Fomento, a la que iban a parar las obras llamadas de «interés nacional», en realidad los impresos que adquirían los políticos ministeriales a sus amigos políticos y correligionarios, en la mayoría de los casos fondos sin ningún valor ni interés alguno. Recuerdo la gran alegría que experimentamos al sustituir la vieja y decimonónica Enciclopedia Hispano-Americana, por el todavía relativamente nuevo Diccionario Espasa-Calpe; las escasísimas novelas del siglo XIX, por las de Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Ricardo de León y en menor grado de Azorín, Baroja o Fernández Flórez, protegidas con encuadernaciones recientes en holandesa de vivos colores. Todavía sentimos mayor satisfacción al encender por las noches un gran anuncio luminoso con el letreiro de Biblioteca Públi-

ca, palabras mágicas que figuraban en los membretes de nuestro papel oficial; así como al poder prescindir en la correspondencia oficial del obligatorio visto bueno de los directores de los Institutos. ¡Y qué decir de los días que pasábamos en los pueblos recogiendo en carros y desven- cijadas camionetas los importantísimos protocolos notariales, prácticame- mente abandonados en cuadras y establos!

Todas estas modificaciones, aunque por fuerza limitadas, de la si- tuación bibliotecaria española, se debieron a una legislación no muy ex- tensa, pero conveniente para la época en que se vivía. Motor importante de todo ello fueron la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros, di- rigida por Manuel Pérez Búa; las Misiones Pedagógicas, que si no repartie- ron las cinco mil bibliotecas en los pueblos, de que hablaba Teófilo Hernando muy eufórico, sí llevaron muchas. Años después, durante nuestra guerra civil, me vi gratamente sorprendido con un lote de fon- dos bien seleccionados, que encontré en la escuela del pueblecito de Vallanca, en el rincón de Ademuz. A los estudiantes madrileños nos prestaba inmejorables servicios la entonces magnífica Biblioteca del Ateneo y la Circulante del Museo Pedagógico. Pero con seguridad, lo más importante era el entusiasmo de muchos bibliotecarios, la alegría en el trabajo desinteresado; la escasez de rencillas y de infatuados y va- cuos personalismos. Esta confianza en un porvenir mejor, truncada pri- mero por nuestra lucha civil e inmediatamente después de acabar ésta por la segunda guerra mundial, era la que reflejaba el Dr. Hernando, Presidente del II Congreso Internacional de Bibliotecas y de Bibliografía en el mismo instante en que José Ortega y Gasset, trazaba como un vaticinio para todos los bibliotecarios del mundo, la motiva- ción de un porvenir y de una misión que ya había comenzado. En otra ocasión tal vez sea posible hablar de cómo ¡quién lo diría!, de los condi- cionamientos y exigencias tecnológicas de aquella segunda guerra mun- dial, nacería al menos la solución en parte del problema bibliográfico que don José Ortega y Gasset plantea y que con motivo estimaba ponía en trance de peligroso conflicto la Cultura. Para gloria y servidumbre nuestra asigna a los bibliotecarios el papel de comprometidos protago- nistas. Aquel papel ya lo han asumido nuestros compañeros de otras na- ciones, mientras nosotros desde lejos seguimos su esfuerzo, pero sin me- dios apenas materiales ni de personal para cooperar con ellos en este crítico trance de la Cultura universal, en el que la era de los ordenado- res ha comenzado.